

Alberto Monterroso

EMPERADORES DE HISPANIA

TRAJANO, ADRIANO, MARCO AURELIO Y
TEODOSIO EN LA FORJA DEL IMPERIO ROMANO

ÍNDICE

1.	INTRODUCCIÓN: HISPANIA, LETRAS Y PODER	15
	El poder de Hispania	15
	El primer desembarco de hispanos en Roma y la larga vida de Séneca el Viejo (55 a. C.-39 d. C.)	28
	El segundo desembarco. Séneca en tiempos de Nerón (54-65)	33
	El tercer desembarco: los años 70-90 bajo los Flavios	39
	Dos dinastías hispanas, dos dinastías romanas	42
2.	TRAJANO	71
	El ascenso al trono. De Nerón a Domiciano y de Séneca a Trajano	71
	Las guerras en Dacia	96
	Optimvs princeps, el mejor emperador	113
	La guerra en Persia	148
	La sucesión: el tiempo de Adriano	161
	Las emperatrices Antoninas, sustento de la dinastía ...	175
3.	ADRIANO	189
	La consolidación del Imperio	189

Los viajes de Adriano	197
El emperador del arte y la cultura	214
Amor y muerte en el Nilo	245
La guerra de Judea	249
La sucesión y el futuro de Roma. El talento de Adriano	260
4. MARCO AURELIO	275
Aprendiendo el oficio de emperador	275
Los Antoninos, cultura y gobiernos sabios	296
La concordia de los dos augustos y el ataque de los partos	313
La muerte de Vero y la llegada de la peste	324
Levantamiento de britanos, germanos y dacios. La guerra en el Danubio	328
El golpe de Avidio Casio	344
5. DOS DINASTÍAS DE EMPERADORES HISPANOS	367
El Imperio liberal de Trajano, Adriano y Marco Aurelio. El estoicismo	367
El Imperio absoluto de Teodosio I. El cristianismo	370
6. TEODOSIO	377
Dos siglos después de Marco Aurelio	377
El desastre de Adrianópolis	382
Teodosio, emperador de Oriente y tutor de Occidente	387
Intrigas por el poder	406
El renacimiento cultural	413
El triple éxito de Teodosio	424
<i>La unificación política</i>	424
<i>La defensa militar del Imperio</i>	432

<i>La victoria del cristianismo</i>	434
<i>La división del Imperio: Honorio y Arcadio</i>	449
<i>Epílogo. El futuro de dos imperios</i>	451
<i>Bibliografía</i>	469
<i>Notas</i>	479
<i>Créditos de las imágenes</i>	487

INTRODUCCIÓN: HISPANIA, LETRAS Y PODER

EL PODER DE HISPANIA

Hoy día ningún historiador serio puede negar la importancia que adquirió Hispania dentro de la órbita romana, especialmente durante los dos primeros siglos de nuestra era. No solo por la evidencia de autores antiguos como Plinio, Estrabón o Diodoro Sículo, que hablan de ella como una tierra rica, donde los romanos establecieron prósperas ciudades a finales del siglo III a. C., como Itálica, patria de Trajano y Adriano, o la propia Córdoba, pocos años después, aquella primera colonia que los senadores envían a fundar desde la propia Roma a base de ciudadanos romanos e indígenas escogidos.¹ Además de todo ese prestigio y de la precoz romanización de Hispania, está su tremendo potencial económico y cultural.

La Península Ibérica poseía ciudades que eran grandes emporios, encargados de la distribución de sus ricos productos agropecuarios y metalíferos, urbes muy activas económicamente, abiertas a los circuitos comerciales de la época. Y esa actividad venía de antiguo. Al llegar los romanos por la costa levantina hasta el sur para responder al gran desafío de las Guerras Púnicas, encontraron ciudades

que existían desde hacía mucho tiempo y hombres a quienes llamaron turdetanos, nombre derivado de la región que habitaban, la Turdetania, una zona geográfica donde vivía un pueblo civilizado y hospitalario, que cultivaba el rico suelo y explotaba las fértiles minas. Así lo dejaron escrito dando fe de las inmensas riquezas y posibilidades que ofrecían aquellas tierras, pero no se trataba solo de eso: el sur de Hispania ostentaba también un gran reconocimiento en el ámbito cultural, como se deduce de la cita de Plinio cuando aclara que «los turdetanos aventajan a todas las provincias por su rica cultura y por su peculiar y fecundo prestigio».²

Tarraco y Corduba, capitales de las provincias Citerior y Ulterior, respectivamente, se convertirán muy pronto en importantes urbes que difundirán la civilización romana por toda Hispania. Esta tierra es la primera por donde se extiende la romanización fuera de la Península Itálica y sus islas. Y lo hace con fuerza y precocidad asombrosas, porque llega a ocupar el foco de atención a finales del siglo III a. C., durante la Segunda Guerra Púnica. Son momentos muy delicados para Roma, que está a punto de sucumbir ante Aníbal. Este formidable enemigo la ha puesto en jaque y sus victorias amenazan con derrotarla definitivamente. Para contrarrestar su acoso en Italia, los romanos acuden a la Península Ibérica con la intención de combatir al cartaginés y cortar las fuentes de recursos de que se nutre, principalmente hombres, material de guerra y metales preciosos. Será una maniobra sorpresiva de Publio Cornelio Escipión la que permita la conquista de la actual Cartagena, entonces *Cartago Nova*, llamada así por ser la nueva Cartago, la capital de los púnicos en Iberia. Los romanos la toman en el año 209 y, desde el actual Levante español, se dirigen al valle del Guadalquivir para expulsar a los cartagineses de la península. Escipión derrotará a Asdrúbal, hermano de Aníbal, cerca de la actual Bailén, *Baecula*, y de nuevo, definitivamente, en las cercanías de Écija, *Ilipa*, la actual Alcalá del Río. Funda entonces la colonia de Itálica, a 12 kilómetros de Sevilla, en el año 206 a. C. y precisamente allí nacerán siglos después

los emperadores Trajano y Adriano. La nueva ciudad tendrá como misión atender a los heridos de la batalla de Iliipa y asentar veteranos de las legiones.

Aquella llegada de los romanos a Hispania se debe, en un principio, a la necesidad de reaccionar, de acometer un contraataque táctico que les permita cambiar el curso de una guerra que están perdiendo en suelo itálico. No se les pasa por la imaginación entonces anexionarse unos territorios tan alejados en un momento tan peligroso para ellos, en que aún no han alcanzado una hegemonía clara sobre Italia, tienen al enemigo púnico a las puertas de Roma e incluso temen la invasión de las tribus galas por el norte. Ni siquiera en el 202 a. C., cuando los legionarios venzan a Aníbal en Zama, dejarán de tener problemas en el Oriente: Perseo, rey de Macedonia, pondrá a Roma contra las cuerdas, ayudado por el propio Aníbal, que ha sido vencido pero no eliminado. Por eso, la primera intención de los romanos al llegar a Hispania fue simplemente privar al enemigo de sus vías de suministro, de la fuente de riqueza que los alimentaba para la guerra. Y cuando fueron conscientes de la enorme riqueza de aquellas tierras en hombres y recursos, decidieron emplear esos medios para combatir a los cartagineses. Con las victorias de Escipión, Iberia se convertirá ahora en un puesto avanzado para atacar Cartago en África y los romanos se servirán de los mismos recursos que antes empleó el enemigo contra ellos mismos. Solo cuando los cartagineses queden definitivamente derrotados, Roma mirará con otros ojos a su alrededor: entenderá entonces la magnitud de las posibilidades que ofrece la Península Ibérica, tanto geoestratégicas como económicas. Comenzará desde ese momento una feroz conquista y explotación, especialmente en Celtiberia y Lusitania, que durará dos siglos. En el Levante y la zona meridional los romanos ya habían aparecido desde los inicios de la Segunda Guerra Púnica. Y, entonces, obligados por las circunstancias y sorprendidos por el alto nivel de desarrollo y riqueza de aquellas ciudades, habían procurado, siempre que les fue posible, llegar a acuer-

dos con los indígenas, estrategia que se notará más aún en el sur, en la provincia Hispania Ulterior, luego llamada Bética por el nombre del río Betis, actual Guadalquivir. Es una zona rica y prestigiosa; tiene fama de ser tierra de cultura desde antiguo y este hecho permitirá después a sus ciudadanos hacer carrera en Roma. Cádiz, el último reducto cartaginés en la península, llega a un pacto con los romanos, que le permite quedar libre de pagar impuestos y mantener, por tanto, su independencia política y económica. Con el Imperio se enriquecerá aún más gracias a la potencia de su comercio y llegará a integrarse plenamente en el mundo romano.

Hispania aportará desde este momento dos elementos indispensables para el desarrollo de Roma: riqueza y cultura. De ambas serán símbolo respectivamente dos hispanos pioneros: el gaditano Cornelio Balbo y el cordobés Séneca el Viejo. El primero destacará por su extraordinaria fortuna, derivada del comercio y del poder económico que ostentaba su tierra de origen. El segundo fue padre de Séneca el filósofo y sobresaldrá precozmente en el mundo de la cultura. Era un rico aristócrata perteneciente a la pequeña nobleza de los caballeros romanos, escritor de varias obras, donde aporta datos y nombres de aquellos primeros hispanos que acudieron a Roma a mediados del siglo I a. C. Todos ellos se abrirán camino invirtiendo su dinero y acrecentando su patrimonio e influencias en la capital del Imperio.

La riqueza de Iberia era proverbial y no alberga lugar a dudas: Estrabón, un escritor griego de tiempos de Augusto, ya hablaba en su *Geografía* de los recursos que poseía: «Una tierra espléndidamente bendecida por la naturaleza: no solo produce de todo y en abundancia, esa riqueza se multiplica por la facilidad para exportar sus productos a través del mar».³

Comenta el geógrafo que partían desde la Bética numerosos barcos mercantes, de gran tamaño, para trasladar toda clase de mercancías hasta los puertos de Pozzuoli (cerca de Nápoles) y Ostia (puerto de acceso a Roma) y que el volumen de productos expor-

tados solo por la Bética igualaba al de toda África. Habla de cereales, vino, aceite de oliva, no solo en grandes cantidades, sino también de la mejor calidad; cera, miel, lana, minio, pez, tintes, todo tipo de ganado, caballos, caza, mariscos, atunes en salazón, etc. Además describe la extraordinaria riqueza minera de Hispania, donde había oro, plata, cobre, hierro y mercurio en calidad y cantidad que no podía compararse con ninguna otra parte del mundo conocido.⁴ Explica el geógrafo griego que el oro no solo se extraía de las minas, sino también en los cursos de agua. Los ríos y torrentes arrastraban la arena aurífera y en los terrenos anegados refulgía el rico metal, que se extraía del lavado de la arena. Comenta que, entre el polvo de oro, se encontraban a veces pepitas de más de 100 gramos de peso y que, al partirse las piedras, también se hallaban dentro fragmentos de este metal precioso.

Hispania se convierte para los romanos en una especie de El Dorado donde se puede invertir, crear riqueza y comerciar con los productos más cotizados del Imperio. El propio Diodoro Sículo habla de cómo los itálicos caen sobre las minas ibéricas como un enjambre, aludiendo a la cantidad de colonizadores que acudieron a explotar sus fabulosas riquezas:

Las minas de cobre, oro y plata son maravillosamente productivas. Quienes explotan las minas de cobre obtienen del mineral en bruto una cuarta parte de su peso de metal puro. Algunas personas extraen de las minas de plata, en el espacio de tres días, más de 26 kilos. El mineral está lleno de copos compactos y brillantes [...]. Cuando los romanos conquistaron Iberia, estas minas fueron invadidas por una turba de italianos codiciosos que se enriquecieron extraordinariamente [...] cavando la tierra en diferentes puntos, y a grandes profundidades, descubren lazos de oro y plata. Las excavaciones se extienden tanto en longitud como en profundidad con galerías de varias etapas de extensión. Es de estas galerías largas, profundas y sinuosas de donde los industriales extraen sus tesoros.⁵

Para la conquista completa de los pueblos del interior harán falta dos siglos más, incluso la llegada de Octavio Augusto, primer emperador de Roma, que someterá por la fuerza a cántabros y astures. Se pondrá entonces en explotación toda la península dentro de un contexto de seguridad comercial que adquiere un impulso definitivo con la llegada de la *Pax Augusta*. Al tiempo que estas nuevas tierras se abren a la producción económica, se incrementa el comercio con la zona antiguamente romanizada, la actual Cataluña, Valle del Ebro, Levante y Andalucía. La prosperidad alcanzará dos siglos de esplendor, durante los que muchos ibéricos se enriquecerán de modo extraordinario. La amplia red de calzadas, infraestructuras viarias y transporte fluvial permitirá comercializar los productos de Hispania a través de los puertos más importantes del Cantábrico, el Atlántico y el Mediterráneo. A las ricas minas de la Bética y el Levante se añadirán nuevos yacimientos mineros, como los de León y Asturias.

Aquellos primeros hispanos, aupados por el vigor económico de estas tierras, prosperaron pronto en Roma. Conocemos nombres y datos gracias al testimonio de los historiadores de la época y a los libros que escribió el padre de Séneca, donde nos ilustra sobre la vida social, cultural y política de aquellos pioneros en la capital del Imperio. Pero la importancia de la Península Ibérica no solo la hallamos en los textos. La moderna arqueología ha ido descubriendo con el paso de los siglos la riqueza de las urbes hispanas, los anfiteatros monumentales, muchos circos y teatros que solo pueden compararse con los de la propia Roma. Y esa riqueza urbanística era consecuencia de otras dos riquezas anteriores a ella: la económica y la cultural.

Hispania, especialmente la Bética, llama muy pronto la atención como símbolo de cultura. Precisamente es el propio Cicerón quien cita a unos poetas cordobeses que en el año 76 a. C. ensalzan en perfecto latín las hazañas del general Quinto Cecilio Metelo. Por lo visto, el comandante, asombrado (y halagado) por la calidad de sus versos, los invitó a Roma, a codearse con los mejores. Ese mis-

mo ambiente de vigor cultural es el que describe en sus libros Séneca el Viejo, nacido en Córdoba entre los años 58 y 55 a. C., que viajó a Italia en compañía de Asinio Polión para formarse en retórica y cursar allí los estudios superiores. En la capital del Imperio llegó a conocer y tratar a los intelectuales más poderosos de su tiempo; fue amigo de muchos de ellos, senadores, políticos, militares. En su obra conservada cita a más de 120 intelectuales con los que trabó conocimiento y amistad. Algunos eran béticos y tarraconenses. Aquellos hombres fueron la punta de lanza que abrió paso a las siguientes generaciones de hispanos, quienes seguirán prosperando en la Roma imperial. Invertirán sus riquezas en cultura y poder político.

El caso más conocido, precisamente como intelectual y estadista, es el hijo del anterior, Séneca el filósofo, que será un personaje de primera magnitud durante los reinados de Claudio y Nerón. También lo serán sus hermanos Galión y Mela, cónsul el primero, caballero riquísimo el segundo y padre del genial poeta Lucano, que nació también en Córdoba casi un siglo después de que lo hubiera hecho su abuelo Séneca el Viejo. Todos ellos formaron parte de un prodigioso clan comandado por béticos, pero compuesto por muchos otros hombres influyentes procedentes de distintas partes de Hispania, especialmente Tarraco, actual Tarragona. Y aquellos no serán los únicos hispanos que alcancen, en estos primeros tiempos, gran influencia en el mundo de la política y la cultura; habrá otros muchos más que engrandecerán la historia de Roma: Columela, Marcial, Quintiliano o Moderato Rufo desde la intelectualidad, pero también Liciniano, Materno o Deciano desde la judicatura y las leyes. El camino que recorren se inicia en el mundo de la cultura y el comercio, pero cristaliza muy pronto en el de la política gracias a la gran pujanza económica de Hispania.

En Roma, el poder político estaba indisolublemente unido al económico, muchísimo más que en otros momentos de la historia. No se podía acceder al Senado romano, a los consulados y honores

propios de la clase más alta, la senatorial, si no se poseía un nivel de rentas que hoy calificaríamos de millonario. En este sentido aquellos primeros hispanos que se asentaron en Roma pertenecían a la élite. No les faltaba ni riqueza ni preparación. Prosperaron pronto en la capital del Imperio, como les ocurrió a los Anneos, que llegaron a desempeñar altos puestos en la Administración del Estado gracias a la producción olivarera y a la explotación de sus minas.

El aceite de oliva tenía en la Antigüedad una importancia que hoy se nos escapa. Era un producto deseado, cotizado y muy apreciado. No solo servía de alimentación fundamental en la dieta romana; era también un artículo de lujo que se usaba en los gimnasios, en el mundo de la cosmética, en el aseo personal, y también como fuente de energía. En aquellos tiempos, las casas se iluminaban de noche con candiles de aceite, llamados lucernas, un objeto muy común que hoy podemos encontrar en cualquier museo arqueológico del mundo, por modesto que sea. Era, por tanto, el combustible más usual que empleaba la población para alumbrarse en unos tiempos en que no existía luz eléctrica. De todo esto se deduce su importancia para la vida cotidiana del Imperio. Hispania era la mayor exportadora a Italia, en cantidad y calidad, y en consecuencia la producción y comercialización de este valioso producto originó grandes fortunas.

Testigo de todo ello es el monte Testaccio en Roma, que no es un accidente natural, sino una montaña artificial situada a orillas del río Tíber. Aquel monte es un vertedero de vasijas rotas. Se formó con los envases de aceite de oliva bético que allí se arrojaron durante casi dos siglos. Aquel oro líquido de la época se transportaba en ánforas de arcilla producidas en Hispania de las que sabemos que con ellas el padre de Adriano tuvo un próspero negocio.⁶ Eran recipientes que no se podían reciclar, de modo que, al desembarcar en Roma, el líquido se pasaba a otros nuevos y allí, junto a la orilla, se tiraban los usados. La acumulación de ánforas rotas de la Bética dio lugar con el paso de los años a una montaña, que hoy se conoce

como monte Testaccio, es decir, el monte de los tiestos, *testa* en latín, porque los tiestos, en la actual Andalucía, siguen siendo recipientes de barro y arcilla, esas macetas que albergan las bellas flores de los patios de Córdoba, declarados hace pocos años patrimonio de la humanidad. Aún hoy, para aludir a la responsabilidad de quien rompe algún objeto que no es suyo, se dice «el que rompe paga y se lleva los tiestos». Pues bien, los romanos pagaron a buen precio el aceite y dejaron los tiestos rotos en el monte Testaccio: siguen ahí, en forma de montaña, y nos revelan un dato muy interesante al margen de la anécdota: la enorme cantidad de producto que la Bética exportaba a Roma. Aunque el volumen de lo comercializado podía ser mayor, se han contabilizado fragmentos pertenecientes como mínimo a 25 millones de ánforas,⁷ con capacidad para 70 litros cada una. Sabiendo que se acumularon entre los siglos I y III, basta hacer un simple cálculo para afirmar que la Bética podía llegar a exportar a Roma, cada año, un mínimo de 10 millones de litros de aceite de oliva.



El monte Testaccio a orillas del Tíber, Roma.

Hispania era rica en agricultura, especialmente olivo, vid y cereal, pero destaca, tanto o más aún, por la riqueza de su minería. Desde las Médulas en León hasta Sierra Morena en Córdoba y Riotinto en Huelva son proverbiales sus minas de oro, plata, cobre, estaño y plomo. Abundantes y de excelente calidad. A medida que avanza la conquista romana y la romanización por el resto de la península, se irán explotando sistemáticamente los abundantes recursos naturales del país e incrementando aún más aquella riqueza con la que ya contaban los pueblos indígenas. En León, nombre de la provincia española que procede de *legionem* por ser ese el lugar donde se encontraba acuartelada la legión que protegía Hispania, existe un paisaje asombroso que parece sacado de otro planeta. Es producto de la explotación de unas minas de oro que aportaron grandes riquezas al Imperio y que se extrajeron bajo la técnica *ruina montium*.

Las Médulas, en León, fue la mayor mina de oro a cielo abierto de todo el Imperio romano. Hoy presenta un aspecto rojizo, como si fuera una estampa marciana, como las minas de Riotinto en Huelva, con picos y farallones horadados por los esclavos romanos que sacaban el oro de sus entrañas. El famoso científico Plinio el Viejo nos explica en su libro *Historia Natural* el método de extracción. No lo hace de oídas: en su juventud trabajó como administrador de estas minas. Comenta que al año podían llegar a producir cerca de 5.500 kg de oro.⁸ Basta decir que estuvieron a pleno rendimiento durante doscientos cincuenta años, hasta entrado el siglo III, lo que puede arrojar, en su larga vida, una cantidad superior a 1,5 millones de kilos de oro.

Para explotar las minas se usaba el famoso sistema conocido como *ruina montium*, derrumbe de montes, porque consistía en horadar la montaña y emplear la fuerza hidráulica para socavarla. Aprovechaban el agua almacenada por la nieve, embalsada y canalizada en lugares superiores. Una vez que se habían cavado grutas y galerías en pendiente, se lanzaba gran cantidad de agua que caía a presión y destrozaba las tierras de aluvión que componían los montes

auríferos hasta deshacer literalmente la montaña y arrastrar la tierra mezclada con oro hasta los lavaderos. El sistema construido en la Médulas es el mayor de los conocidos en el Imperio por la extensión de la mina, la enorme cantidad de agua utilizada y la longitud y gran número de grutas y canales excavados.



Las Médulas en León, la mayor mina de oro a cielo abierto de época romana.

Gracias al testimonio de Tácito sabemos que, más al sur, las minas de Sierra Morena producían metales de excelente calidad. Aportaban oro, plata, cobre, estaño y plomo en gran cantidad y pureza. El cordobés Sexto Mario era el propietario de muchas de ellas. Fue uno de los hombres más ricos del Imperio en tiempos de Tiberio. El *Mons Marianus* llevaba su nombre; de ahí parece proceder el topónimo Cerro Muriano e incluso el de Sierra Morena.

Apoyados por el poder económico de una Hispania rica y productiva, muchos hispanos adquirirán cada vez más influencia en la capital del Imperio y alcanzarán puestos de prestigio. El primero de

ellos y más señalado será Lucio Anneo Séneca por su relevancia en el mundo de la política y cultura de su tiempo. Pero hubo muchos más, antes y después de él.

Hispania será desde muy pronto teatro de operaciones de los acontecimientos más importantes de la historia de Roma. No solo las Guerras Púnicas o la guerra de Sertorio. El sur de la Península Ibérica será testigo del momento decisivo del enfrentamiento de cesarianos y pompeyanos en la guerra civil romana. En la batalla de Munda, Julio César derrotará definitivamente a los hijos de Pompeyo e iniciará su camino hacia el poder absoluto. Pero aquel no podía materializar sus planes sin la financiación adecuada. Quien le proporcione el dinero necesario será Lucio Cornelio Balbo, aliado y banquero suyo, un hispano enriquecido por el comercio que alcanzó la ciudadanía romana luchando al lado de Pompeyo contra Sertorio. En el año 61 a. C. se convierte en un aliado clave del futuro dictador, al que ayuda en la guerra contra los galaicos facilitándole naves y víveres. Balbo llegará incluso a armar con su dinero una flota gaditana y la pondrá al servicio de Julio César. También le aportará todo el dinero que necesita para sus proyectos. Continuará apoyándolo durante la guerra de las Galias y la incursión en Britania, dotándolo de naves y caballos procedentes de Hispania.⁹ Aquel gaditano supo aliarse con los ganadores, primero con César y, tras su asesinato, con Augusto, el vencedor de Marco Antonio y Cleopatra, aquel que se convirtió en primer emperador romano, de quien será también financiero y hombre de confianza hasta su muerte en 32 a. C.

Lucio Cornelio Balbo, gracias a sus riquezas e influencia, será también quien gane para Augusto el apoyo de los cónsules Hircio y Pansa e incluso el del propio Cicerón en un momento muy delicado de la historia romana. Toda esta labor lo colocó entre los personajes más importantes de la época y, en pago, fue nombrado miembro del Senado y cónsul en el año 40 a. C. Es el primer hombre no nacido en Italia en ejercer el cargo de cónsul de Roma, una magistratura que, en tiempos de la República, representaba la Jefatura del

Estado y no estaba tan vacío de su originario poder como en tiempos del Imperio o los triunviratos. Si fue un hispano el primer no itálico en convertirse en cónsul, tampoco nos debe extrañar que el hispano Trajano fuera el primer emperador no itálico de la historia de Roma.

El sobrino, llamado Cornelio Balbo el Menor, llegará también a ser cónsul antes de la muerte de su tío. Después ejercerá el proconsulado de África con honores de triunfo y accederá al Pontificado. No fue el único ibérico destinado a desempeñar en estos tiempos tan precoces una brillante carrera política en Roma. Su prestigio y el de muchos que le seguirán estuvieron cimentados sobre el vigor de la economía y los negocios que le aportaba su tierra de origen. La riqueza de Gades era proverbial. Sabemos que solo en época de Augusto había 500 gaditanos cuya renta y propiedades les permitían ingresar directamente en el orden ecuestre, la aristocracia menor, solo inferior a la clase más alta, la de los senadores.

Durante aquellos siglos, la riqueza minera y agrícola de Hispania no tuvo rival en todo el Imperio. Muchos colonos itálicos que se habían establecido en los tiempos de las Guerras Púnicas habían acumulado grandes fortunas. Desde que los Escipiones desembarcan en la actual Tarragona en 218 a. C., Hispania entra en la historia de Roma por la puerta grande. Siglo y medio después, en tiempos de Augusto, Córdoba se había convertido en la flamante capital de la *Provincia Ulterior Baetica*. Aquel primer emperador engrandeció la ciudad y la colmó de honores, entre ellos, el privilegio de recibir el título de Colonia Patricia. Córdoba se convierte en símbolo de romanización e integración en la órbita geopolítica romana. Fundada por Marco Claudio Marcelo en el siglo II a. C., ostenta una bien ganada fama en los ámbitos de la cultura y del poder, económico primero, político después. Eso y el prestigio de aquella ciudad a las orillas del Betis, antigua y culta, rica y próspera, facilitaron muy pronto que los hombres de Hispania entraran a formar parte de modo muy precoz del Senado romano. Hemos visto que Cornelio

Balbo fue el primero, pero el suyo no es un caso aislado. El abuelo paterno de Adriano accedió al Senado de la mano de Octavio Augusto entre los años 43 y 33 a. C. El padre de Trajano llegará a ser cónsul un siglo después, en el 70 d. C. Y entre ambos harán carrera los Anneos, Junio Galión y otros muchos más. Son los hispanos los primeros que en cantidad y calidad comienzan a ocupar los asientos del Senado de Roma, abriendo camino a la entrada de otros provinciales en el centro de la política imperial.

EL PRIMER DESEMBARCO DE HISPANOS EN ROMA Y LA LARGA VIDA DE SÉNECA EL VIEJO (55 A. C.-39 D. C.)

El padre de Séneca tenía once años cuando asesinaron a Julio César. Llegará a vivir más de noventa y será testigo privilegiado del fin de la República y la llegada del Imperio. Gracias a los libros que escribió conocemos muchos datos sobre algunos hispanos influyentes de entonces. Él era uno de ellos. La familia de los Séneca tenía muy buenas relaciones con Asinio Polión, mano derecha de César, con quien cruzó el Rubicón y dio inicio a la guerra civil romana. Polión era también amigo de Marco Antonio y del que se convertirá en primer emperador, Octavio Augusto. Como vemos, es un hombre muy bien relacionado en la cúspide del poder y a él fue a quien confiaron, en aquellos difíciles tiempos, la tutoría de Séneca el Viejo, entonces un joven de trece años, para que lo llevara a la capital del Imperio y continuara allí sus estudios superiores de retórica. Así lo hizo Asinio Polión, que fue el primero en abrir una biblioteca pública en Roma, personaje de la cultura y las letras, hombre poderoso de su época que siempre protegió al padre de Séneca mientras vivió y lo incluyó en los más prestigiosos círculos literarios, donde aquel cordobés conoció a Mecenas, el ministro de Augusto que ayudó a poetas como Virgilio u Horacio y que prestará su apellido a la posteridad para designar, con palabras actuales como *mecenas* o

mecenazgo, a aquellas personas o actividades que con su dinero apoyan generosamente a intelectuales y artistas.

Los Séneca tenían muy buena relación con otros béticos de raíz puramente indígena. Así, eran íntimos de Clodio Turrino, hombre muy rico que hospedaba en su casa a su amigo Julio César cuando venía a Córdoba. También había nacido en la capital de la Bética Marco Porcio Latrón, considerado el más importante profesor de retórica de su época, que fue el mejor amigo del patriarca de los Anneos. De hecho, en el año 42 a. C., cuando ambos contaban con trece años de edad, viajaron juntos desde su ciudad natal hasta la capital del Imperio para completar allí su formación académica bajo la protección del propio Asinio Polión. Latrón se convirtió en el gran orador de su tiempo, a quien el propio Augusto acudía a escuchar cuando declamaba en Roma.

Bastan estos dos últimos nombres para atisbar la calidad de los primeros intelectuales que Hispania aporta y que llegaron a la capital del Imperio de la mano de la cultura, pero también aupados por las tremendas riquezas que producía su tierra de origen. Las élites ibéricas se sirvieron muy pronto de ese poder económico para ganar influencias políticas. Ejemplo de ello fue el hispano Junio Galión. Llegó de joven a Roma bajo la tutoría de Séneca el Viejo. Allí se convirtió en uno de los cuatro mejores oradores de su tiempo, inició una carrera política de gran éxito, llegó a ser senador y amigo del emperador Tiberio. Aquel hombre estaba muy unido a la familia de Séneca y trataba a sus hijos como propios; de hecho, adoptó al mayor de los tres para otorgarle su fortuna y el acceso a la elitista clase senatorial, a la que Galión pertenecía por nacimiento. Durante el reinado del primer emperador romano hubo entre los hispanos una camaradería, una vocación de trabajo en común, de colaboración mutua, que los benefició a todos en general.

El propio Séneca el filósofo también llegará a ser senador, como su hermano mayor, aunque lo hará por sus propios medios, aupado no tanto por las riquezas e influencias de Hispania como por su ex-

traordinario talento intelectual. Y no solo llegará a ser senador; será también cónsul con Nerón y llevará las riendas del Estado durante la juventud de aquel emperador que luego cayó desgraciadamente en la tiranía más atroz. No debemos olvidar que Séneca fue el intelectual más potente de su época, pero también un gran estadista que dirigió el Imperio entre los años 54 y 60. Su figura supone el triunfo de ese grupo de poder de provinciales hispanos que se había ido gestando desde finales de la República en el Levante y sur de la Península Ibérica. Aquellos hombres pusieron en juego todo el potencial económico de su tierra de origen para ir sumando prestigio e influencia con otras ciudades importantes que encontraban en su camino hacia Italia.

Para viajar a Roma, el padre de Séneca tomaba un barco en Córdoba y, a través del Guadalquivir, entonces río Betis, pasaba por Híspalis, Itálica y otras ciudades hispanas hasta llegar a Gades, actual Cádiz, donde accedía al Mediterráneo. El Guadalquivir era, como todos los ríos de la época, la vía de comunicación más rápida al mar y, desde la desembocadura, los béticos viajaban haciendo cabotaje por el litoral español hasta la capital de la provincia Tarraconense. Allí en Tarragona tenían buenos amigos y muchos familiares. Los matrimonios mixtos entre clanes influyentes de una y otra parte de Hispania eran muy habituales y habían conformado una tupida red de amistades y parentelas donde se trabajaba por el bien común y se iban acumulando poder e influencia que legar a las siguientes generaciones.

En la Tarragona romana, aquella magnífica ciudad a orillas del Mediterráneo, pasaban un tiempo hasta coger un barco que los llevara a Roma. El padre de Séneca nos habla de muchos oradores e intelectuales, también de hombres de negocios, de ricos industriales que vivían en Tarraco y con los que los béticos habían establecido lazos de amistad y parentesco. Los matrimonios de conveniencia eran muy habituales y el apoyo entre clanes beneficiaba a todos. Béticos y tarraconenses, cuando preferían la vía terrestre para llegar a Italia, seguían avanzando por la costa hasta Gerona y pasaban a Fran-

cia, donde había dos ciudades en que los hispanos habían establecido relaciones de parentesco, comerciales y de amistad con aquellos galos del sur: Narbona y Nimes. De estas urbes procederán muchos de los amigos y matrimonios que harían en sus viajes a Roma y todos esos lazos de amistad conformarán una amplia red de influencias que cristalizó en un grupo de poder hispano-narbonense, donde los primeros eran quienes llevaban la dirección y el control por hegemonía, riqueza, prestigio y antigüedad.

Ese grupo de poder, que comienza a vislumbrarse con los Balbo, Séneca el Viejo, Clodio Turrino, Porcio Latrón, Sexto Mario o Junio Galión, ha tenido continuidad en tiempos del emperador Claudio. Hemos visto cómo el propio Séneca el filósofo, aupado por Agripina, ha llevado las riendas del Imperio y ha fortalecido el poder de los hispanos en Roma especialmente durante los años cincuenta del primer siglo de nuestra era. Pertenece a una estirpe cordobesa que ejercerá una influencia cultural, política y económica de primera magnitud durante tres generaciones. Nos referimos a Séneca el Viejo, Séneca el filósofo y Lucano; abuelo, hijo y nieto, respectivamente. Los tres ocupan un lugar de honor en la intelectualidad de su tiempo y en la historia de la literatura romana, porque, al principio, la influencia será más cultural que política. El primero participó en los círculos literarios más importantes de Roma y fue autor de una *Historia de Roma* y un libro sobre oratoria conocido como *Controversias y Suasorias*.

En una segunda fase, al influjo cultural se unirá el político. Es el caso de Séneca el filósofo, político, intelectual, estadista con Nerón, y de sus hermanos Galión y Mela, el primero senador y cónsul, el segundo uno de los hombres más ricos de Roma. Todos ellos eran cordobeses, como el nieto de Séneca el Viejo, la tercera generación, Marco Anneo Lucano, que destacó como su tío en el mundo de la cultura, pero que, también como él, murió por motivos políticos. Lucano se convirtió, a pesar de que Nerón lo condenara a muerte a los veinticinco años de edad, en un famoso poeta épico a la altura

de Virgilio. Es autor de *Bellum Civile*, la guerra civil, una obra universal conocida con el nombre de *Farsalia* y que describe de forma muy original el episodio histórico más importante de la guerra civil romana entre César y Pompeyo.

Séneca el Viejo se movía como pez en el agua dentro de los círculos intelectuales y aristocráticos de aquella Roma que abordaba uno de sus cambios históricos más profundos: los últimos años de la República y los primeros del Imperio. El conjunto de sus amistades comprendía lo mejor de la cultura de su tiempo. De ese ambiente hace un retrato muy interesante en su libro sobre retórica, *Controversias y Suasorias*, donde cita a muchos poetas, historiadores, oradores y políticos de entonces, varios de ellos hispanos. A través de las referencias, nombres y anécdotas personales que aparecen en su obra, podemos deducir cómo aquella influencia cultural derivó pronto en poder político, que se fue acrecentando por distintas vías. Bastará añadir que el cuñado de Séneca el Viejo, Gayo Galerio, fue durante dieciséis años gobernador de Egipto, uno de los cargos más prestigiosos y delicados del Imperio, que solo ocupaban personas de la máxima confianza del emperador.

A través de estos lazos familiares y de amistad que el patriarca de los Anneos fomentó, se observa con claridad el enorme peso que van adquiriendo los hispanos en la capital del Imperio. Durante los gobiernos de Augusto y Tiberio lograrán ocupar importantes parcelas de poder y alcanzarán muy buenas posiciones en las esferas políticas y culturales de aquella nueva Roma. Y, además, el esfuerzo tendrá continuidad. Toda esa red de relaciones, de influencias, riqueza y preparación cultural la recibirán las siguientes generaciones como una rica herencia y sabrán gestionarla de modo inteligente y activo, aupándose sobre hombros de gigantes. Esa es la labor que cumplió a la perfección, por ejemplo, el hijo de Séneca el Viejo, Séneca el filósofo, y que cumplirá después el nieto, Lucano.

Hablamos de tres generaciones de una misma familia, prodigiosa sin duda, pero hubo muchos otros hombres de Hispania que, de

un modo menos llamativo, siguieron incrementando el legado de sus antecesores, sirviéndose del poder y la riqueza de su tierra de origen y aprovechando el esfuerzo de aquellos que por primera vez se abrieron camino en Roma. En los años cincuenta del primer siglo de nuestra era los hispanos son ya el grupo de poder más influyente en la capital del Imperio. El terreno está preparado para grandes figuras como Trajano y Adriano. Los frutos de todo aquel trabajo solidario ayudarán a que el siglo siguiente, el II d. C., sea el Siglo de Oro de Roma: un siglo de emperadores hispanos.

EL SEGUNDO DESEMBARCO. SÉNECA EN TIEMPOS DE NERÓN (54-65)

Lucio Anneo Séneca heredó todo el caudal de influencias y poder que manejó su progenitor. Ampliará sus relaciones personales con la amistad de senadores importantes. Un solo ejemplo: su mejor amigo, Pasierno Crispo, hijo de un conocido de su padre, será riquísimo senador casado con Agripina, madre de Nerón. Durante su vida, Séneca conocerá en primera persona los reinados de los cinco emperadores de la primera dinastía: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Se educará en tiempos de Augusto, entrará en política con Tiberio, se librá por poco de una condena a muerte a manos de Calígula y será protagonista indiscutido de los reinados de Claudio y Nerón. Se convertirá en preceptor de este último emperador y gobernará a su sombra, siendo mérito suyo y no de Nerón los cinco años de magnífico gobierno que la historia conoce como el quinquenio áureo.

Este hispano no solo ha llegado a la cumbre del poder desde una lejana provincia del Imperio, también dirige el mundo de la cultura: es el intelectual más cualificado de Roma, filósofo y escritor, político y estadista. Su éxito es fruto del trabajo de varias generaciones, del apoyo de un grupo de presión riquísimo, que trabaja



Séneca y Nerón. Escultura de Eduardo Barrón en Córdoba (Llanos del Pretorio).

unido y que ha conseguido cotas altísimas de dominio económico primero y político después. Para comprender a Séneca hay que saber que se apoya en la generación anterior y que sirve de impulso a la siguiente. Porque, después de diez años llevando en la sombra los designios de la política imperial, será condenado a muerte por un Nerón que solo busca la tiranía. La venganza alcanzará a toda la familia, pero no por ello los hispanos dejarán de ejercer una tremenda influencia política, cultural y militar en Roma.

Suele pensarse que con la muerte de Séneca y Lucano a manos de Nerón desaparece la pujanza de los ibéricos en el Imperio. No es así. Ya había muchos de ellos colocados en los puestos más altos del poder; baste poner como ejemplo al propio padre de Trajano, que, en el año 60, cuando el filósofo cordobés estaba en lo más alto, comenzó una carrera portentosa en el mundo de la política y el ejército, sin duda ayudado por su paisano, sin cuyo conocimiento y visto bueno